

Santiago 4 de Agosto de 2010

Señor Juan Pablo Bulnes Cerda  
Abogado eclesiástico del Padre Fernando Karadima Fariña  
Presente

Soy el sacerdote diocesano Juan Ignacio Ovalle Barros, soy el tercer hijo entre cuatro hermanos. Mis padres, Francisco y Teresita, nos criaron en un hogar cristiano dónde se rezaba y se asistía sin falta a la Eucaristía dominical; recibí de ellos mucho amor y sólida formación moral; así como un gran aprecio hacia los sacerdotes (mi madre tuvo cuatro tíos directos sacerdotes, dos jesuitas y dos diocesanos). Estudié la enseñanza básica y media en el colegio Tabancura, colegio del Opus Dei. Luego en la Pontificia Universidad Católica estudié y me titulé de Ingeniero Comercial. Realicé mi formación sacerdotal en el Seminario Pontificio de Santiago; ingresé el año 2000, fui ordenado sacerdote el 24 de mayo de 2008 por el Cardenal Francisco Javier Errázuriz. Me ha tocado desarrollar mi ministerio sacerdotal, en estos poco más de dos años en la arquidiócesis de Santiago, como vicario parroquial en la Parroquia San Martín de Porres y actualmente como vicario parroquial en la Parroquia Jesús Carpintero de Renca. Mi rut es 9975962-3, y el domicilio de casa de mis padres es Las Lavándulas 9947, Las Condes, Santiago.

Escribo este testimonio en vistas al proceso eclesiástico de cara a Dios y a la Santísima Virgen, movido en primer lugar por un deber de justicia y de que sea honrada la verdad. De igual manera me impulsa una gran deuda de gratitud hacia el Padre Fernando Karadima Fariña. Me mueve también a escribir el desconcierto de los fieles de la Parroquia del Sagrado Corazón, que siempre le habían considerado como un hombre de Dios. También me mueve el inmenso impacto que han producido estas graves acusaciones y su enorme difusión en los medios de comunicación social, con el consiguiente menoscabo de la confianza en los sacerdotes y el daño producido en la fe del pueblo de Dios. Como sacerdote y testigo, le hago llegar mi testimonio; en primer lugar en relación al Padre Fernando y luego a los denunciantes que me tocó conocer.

Conocí al Padre Fernando en la Parroquia (Del Sagrado Corazón-El Bosque) con unos 16 años. Sólo con el ingreso a la Universidad empecé a participar con más frecuencia de la vida Parroquial, diariamente, a pesar de la distancia con mi casa. Durante los seis años de Universidad mantuve un contacto prácticamente diario con el Padre Fernando; participando en el Santo Rosario y la Eucaristía de cada tarde, en las masivas reuniones de los días miércoles, acompañándolo innumerables veces en sus quehaceres. Compartía con él en la casa parroquial, ya bien rezando, ya bien en el comedor. Varias veces por semana le acompañaba a la hora del té y en la comida por la noche. La mayoría de los días lunes, en ese día de comunidad sacerdotal, yo también le acompañaba. A la casa parroquial yo solía ingresar por la cocina (como muchos otros) tocando el citófono, atravesando la casa Parroquial iba a la Iglesia. Hasta hace tan sólo unos cinco años atrás había acceso abierto a

la casa parroquial desde la Iglesia; las puertas a la casa (primero y segundo piso) estaban sin llave. Producto de algunos hechos vándalicos y robos se ha reforzado últimamente la seguridad. Fue siempre una casa de “puertas abiertas”.

Al menos dos veces estuve de vacaciones con el Padre Fernando por varios días alojando en Puerto Varas. Otras veces, estando yo de vacaciones en el fundo de mis Padres, iba por el día a visitarle allí.

Mi familia y en especial mis padres tienen un gran aprecio por la parroquia y por el Padre Fernando. Él ha visitado al menos tres veces a mi familia para compartir la mesa en casa de mis padres en Santiago. Así mismo durante las vacaciones en la casa de campo de mis padres en Puerto Varas nos ha visitado, acompañado de otros sacerdotes y jóvenes como siempre solía andar, entre otros los Padres; Diego Ossa, Hans Kast, Juan Esteban Morales y Monseñor Andrés Arteaga. Junto a mi familia también visitamos a almorzar al Padre y a los demás que se encontraban descansando en el campo de Don Miguel Kast. Mis padres siempre apoyaron mi participación en la parroquia y mi vocación sacerdotal. Aprecian profundamente la obra realizada por el Padre Fernando a lo largo de sus años de sacerdote, y con ocasión de estas graves acusaciones, le han hecho llegar- como tanta gente- su cariño, confianza y oración en una nota por escrito.

A los 18 años tomé formal y libremente al Padre Fernando como confesor y director espiritual. Con su ayuda se fue gestando y madurando mi vocación sacerdotal. Lejos de presionar, valoraba mucho la libertad del dirigido quien debía tomar la iniciativa para acercarse a él para poder confesarse y conversar. Muy respetuoso de la conciencia, poquíssimas veces me preguntaba sobre materias que yo no le comentara o preguntara. De hacerlo, lo hacía de modo muy amplio y abierto. A las reuniones parroquiales se invitaba libremente, sin llamar por teléfono para que viniesen ni menos pasando lista de los presentes. Muchos compañeros de carrera universitaria iban y venían libremente. En este tiempo de ministerio diaconal y sacerdotal, su sabia y prudente guía, ha sido para mi persona y ministerio de inestimable ayuda.

Nos ha inculcado, a mí y tantos jóvenes, matrimonios y sacerdotes que hemos compartido con él; un enorme respeto a la santidad del sacramento de la confesión. Siempre ha sido especialmente cuidadoso en lo que se refiere a la protección total y absoluta del sigilo sacramental, como a la discreción en los asuntos tratados en privado. Recuerdo que siendo diácono fui testigo de una violación, al menos indirecta, del sigilo sacramental por un sacerdote X (en presencia de otro sacerdote más), ante la gravedad del hecho le compartí mi preocupación al Padre Fernando y se mostró muy en contra de tan grave situación. Más tarde lo comenté también a mí profesor de “audiendas” del Seminario Pontificio.

Antes de que se hicieran públicas las acusaciones, el 21 de abril de 2010; jamás vi ni oí, ni como testigo directo ni indirecto, absolutamente nada en que se vinculase al Padre por abusos de índole sexual o conductas impropias referentes al sexto mandamiento. Antes de esta fecha, tampoco oí conversación alguna referente al tema. Antes de todo esto, jamás se me paso por la mente vincular de algún modo al Padre Fernando con actitudes sexuales impropias.

En todos los años que conozco al Padre Fernando me ha llamado la atención su ser sacerdote ciento por ciento, su ser sacerdote “de cuerpo entero”. Su modo de vestir, el tono de sus conversaciones, su forma de relacionarse con las personas, su forma y estilo de vida es muy sacerdotal.

Su hablar, ya sea en la casa parroquial o en la visita a algún hogar, es principalmente sobre temas de fe; la vida eterna, la Eucaristía, la necesidad de la oración, la Santísima Virgen, el amor al Santo Padre y la obediencia a la Iglesia, la caridad y especialmente la generosidad, sus años junto a san Alberto Hurtado, etc. Nunca le he escuchado un garabato o un uso vulgar o soez del lenguaje.

Ha centrado su vida en la Eucaristía, celebrada y adorada, con fervor. Es un hombre devotísimo de la Madre de Dios, mariano a cabalidad como no he conocido otro. Cómo me han comentado varias personas; un verdadero devoto de la Santísima Virgen nunca haría cosa alguna como las que se le han imputado.

Para vivir una vida casta, el Padre insistía en la importancia para esto de una sólida vida espiritual. Recuerdo, siendo universitario, haber visto junto a él y a otros (pueden ser el Padre Antonio Fuenzalida y Francisco Costabal) en su pieza después de haber comido en la parroquia, a raíz de la contingencia nacional, un programa de televisión. Era sobre educación sexual en que se entrevistaba al Vicario para la Educación, el Padre Juan de Castro. Después del programa, conversamos el tema y el nos hacía ver la necesidad de una vida espiritual para poder vivir la virtud de la pureza, no bastando solo los medios humanos o la pura psicología.

Mi experiencia personal dista mucho de lo manifestado por los acusadores y encuentro serias incongruencias. Dado que conocí por varios años a James Hamilton, Fernando Batlle y José Andrés Murillo y considero inverosímiles sus acusaciones quisiera referirme a algunos aspectos en el trato con ellos. Con los tres compartí frecuentemente hasta que paulatinamente se fueron distanciando de la vida parroquial.

El Doctor Hamilton llegaba a la casa parroquial como a su casa varias veces por semana, así mismo su señora y sus hijos. Tuve ocasión de estar en su casa en Lo Barnechea; en una ocasión comiendo con el Padre Fernando y otras personas de la Parroquia. En otro momento fui por la noche por algunas horas a cuidar de sus hijos pequeños mientras ellos salían fuera. En otra ocasión los visité para imponerle las cenizas a su señora Verónica que se encontraba en cama ese miércoles de ceniza. También le visité en su casa, donde me atendió como doctor para hacer el informe médico que requería el Seminario Pontificio para mi postulación. Durante el año 2000 lo visité varias veces por una dolencia estomacal, finalmente me operó en diciembre de ese año y seguimos en contacto por el post operatorio. En cierta ocasión, tras visitarle en su consulta, un día de semana por la tarde, en mis primeros años de seminario, me llevó en su auto desde la Clínica Santa María a la Parroquia del Sagrado Corazón.

Por amigos de la Parroquia supe que había cometido una grave falta de discreción médica al referir un episodio, vergonzoso para mí, que yo sufriera estando con anestesia general

durante la operación, haciendo broma de doble sentido al respecto.

Se mostraba alegre y bromista, seguro de sí y con mucha independencia, en ocasiones sobrecargado de trabajo. En sus comentarios era a ratos “picaresco” para referirse a alguna joven de la parroquia. Recuerdo en cierta ocasión me habló a fondo de la importancia de rezar cada día. Él nunca me refirió cosa alguna, como las aparecidas en los medios, contra el Padre Fernando, por el contrario, se refería a él con gran naturalidad y cariño.

A Fernando Batlle Lathrop, por la cercanía de edad (es entre uno y dos años menor que yo) nos tocó compartir entre 1994 y fines de 1998 diversas actividades además de la Santa Misa de cada día. Solíamos hacer actividades juntos los fines de semana como ver una película en la casa de amigos como el hoy Padre Gonzalo Guzmán o Andrés Söchting. En variadas ocasiones, junto a más amigos, fue a mi casa para bañarnos en la piscina y tomar té. Asimismo estuvo de vacaciones conmigo en el fundo de mis padres en Puerto Varas, me parece que era febrero de 1996, por espacio de unas dos semanas junto a Felipe Irrarrazaval y al hoy Padre Rodrigo Magaña. En esa ocasión fuimos un día a visitar al Padre Fernando y a los demás sacerdotes y jóvenes que estaban con él donde la familia Kast. La relación de Fernando Batlle con el Padre Fernando Karadima no era de especial cercanía, participaba como un joven más en la parroquia. Me consta que más de alguna vez recibió un llamado de atención del Padre Fernando por no llevar a cabo adecuadamente alguna labor como abrir o cerrar las puertas del templo, o bien cuando reemplazábamos al portero Guido Chacón. Sin duda le hubiese gustado “tener más entrada” o llegada con el Padre Fernando; ya sea acompañándole en sus quehaceres, en sus momentos de comida, ya sea en sus vacaciones. Hecho que sí ocurría con otros jóvenes como Andrés Söchting, Francisco Costabal o Gonzalo Guzmán.

Los padres de Fernando Batlle, en especial su madre, que por años asistían a diario a la Parroquia, se encontraban muy contentos de que su hijo Fernando frecuentase la parroquia. Más de alguna vez estuve en su casa. Se le veía feliz con sus estudios de derecho y en general con su vida, aunque a ratos su carácter podía ser muy vehemente. Y era capaz de molestar insistentemente hasta “sacar de quicio” a una persona. Su forma imprudente y alocada le ganó más de un llamado de atención de quienes íbamos en la camioneta Peugeot station de sus padres. En todos los momentos que me tocó compartir con él, siempre mostró un gran aprecio al Padre. Nunca me refirió nada en contra de él, tampoco nada referido a algún tipo de abuso ni de índole sexual, ni de abuso de autoridad. Soy testigo de que a los jóvenes el Padre nos confesaba sentado en el confesionario de la sacristía, o bien de pie junto al confesionario; en un rincón de la sacristía que se caracterizaba por estar siempre con unas 10 a 20 personas. No me tocó presenciar que confesase a los jóvenes en otro lugar. Fernando Batlle junto a otros jóvenes se fue distanciando paulatinamente de la Parroquia.

Conocí a José Andrés Murillo en torno al año 1992, es mayor que yo por unos meses. Entre tantas actividades ya sea en la Parroquia como fuera de ella, nos tocó compartir

estrechamente en unas misiones durante las vacaciones de invierno de la Universidad Católica en el norte del País el año 1994 ó 1995 a cargo del entonces padre, hoy obispo, Monseñor Tomislav Koljatic.

Recuerdo claramente un día que andando en su auto Charade G20 blanco por calle Tobaraba, y dado que él tenía bastante cercanía con el Padre Fernando, me animaba a participar más activamente, especialmente a buscar una mayor cercanía con este sacerdote, a conversar más con el Padre; de quien siempre me habló con cariño y aprecio. El Padre Fernando le apreciaba; José Andrés era simpático y jovial. Era un tanto llamativo a ratos por su forma de ser y de vestirse. El hecho de que su familia no fuese practicante, a él como católico, le significaba una molestia y tensión. Recuerdo que nunca me habló nada contra el Padre Fernando. Su alejarse de la Parroquia fue paulatino, dejaba de ir por un tiempo y luego volvía a aparecer, así de modo esporádico. Al cabo de un tiempo, pienso que fines de 1995 principios de 1996, no fue más.

Al Padre Hans Kast le conocí desde mi llegada a la parroquia, compartí con él los días lunes, y en ocasiones viajaba con él, y otros más, por el día a Viña del Mar. Asimismo compartí mucho con él en Puerto Varas, y en los viajes a este lugar. En al menos una ocasión hice el viaje Puerto Varas- Santiago sólo con él en su camioneta Chevrolet Luv Blanca doble cabina. También compartí con él cerca de una semana sólo en la casa de Puerto Varas, a la espera del Padre Fernando que se atrasó en llegar porque su madre Elena estaba muy enferma. Luego lo tuve como profesor de Historia de Israel en el Seminario. De personalidad más bien tímido y de pocas palabras. Siempre lo noté contento participando de la comunidad sacerdotal, agradecido del Padre Fernando. Recuerdo cenando con su Madre en Buin donde alojaríamos esa noche, devuelta del Sur, comentándole lo provechosa espiritualmente, de esas vacaciones junto al Padre Fernando y como allí el Padre Fernando iba preparando el retiro que predicaría en Semana Santa. Nunca me habló nada en contra de él, como supe por la prensa, lo hizo en su declaración ante el fiscal Xavier Armendariz.

Al Padre Andrés Ferrada le conozco desde que él estaba en el Seminario. Consideraba un gran regalo para su crecimiento espiritual poder participar de la comunidad sacerdotal ya desde su año pastoral, en que los días lunes asistía. Durante sus primeros años de teología estuvo trabajando pastoralmente en la parroquia, junto al entonces seminarista Cristián Hodge. Por eso, me tocaba compartir el té los días miércoles con ellos y las reuniones para los niños que juntos realizábamos antes de la Eucaristía; ello siendo yo un universitario. Hasta antes de ir a estudiar al extranjero le veía con frecuencia, al menos semanalmente. El día antes de ser ordenados recuerdo que ellos fueron a la parroquia a visitar al Padre Fernando y yo estuve también allí con ellos; después los llevé en mi auto. Desde su vuelta de Europa el trato con él ha sido menos frecuente. En estos cerca de 17 años, lejos de manifestarme algo en contra del Padre Fernando, siempre lo apreció mucho y hablaba con cariño de él.

Me ha llamado profundamente la atención lo evangélica de su reacción tras

conocerse las denuncias. He estado junto a él visitándole por largo rato, varias veces por semana. No he oído de sus labios palabras ni siquiera descalificatorias contra sus acusadores. He visto actitudes de perdón sincero. Aunque con mucho dolor y sufrimiento, ha aceptado la voluntad de Dios sin renegar frente a esta prueba, abandonándose a lo que Dios disponga. Su refugio ha sido, como ha sido su costumbre pero ahora intensificado, la oración prolongada por horas frente al Santísimo Sacramento y la entrega a la Santísima Virgen, rezando varios rosarios cada día. También nos ha pedido rezar mucho por esta situación.

Se despide en el Señor y María Santísima;

Padre Juan Ignacio Ovalle Barros

CIPER